

Delirio

John Blair

Tiempo después de tu partida y buscando descanso en algo bello compré un conejo. Al principio la simpatía nos envolvió; encontré en ese ser enjaulado una aproximación a la inocencia de mi alma. Noté que compartíamos los mismos ojos rojos: él los tenía por genética y yo a causa del insomnio. Gracias a nuestras experiencias compartidas, comprendí que en realidad ese conejo y yo éramos como espejos de un único ser. Desde el segundo mes, en las mañanas, me sentaba frente a su jaula y nos contemplábamos durante algunos minutos. Si él movía su patita derecha, yo movía mi mano derecha, si él movía una oreja, yo movía la mía. Curiosamente, al cabo de un pequeño tiempo, él también se movía de acuerdo a como yo lo hacía. Poco a poco empecé a cambiar mi dieta y en mi mesita de noche dejé zanahorias, un tarro con comida para conejos y un botilito con agua para sentirme a gusto. Ese instante fue muy bello, un instante de recuperación en el cual poco a poco recobraba mi estado anímico, hasta el día en el que me volviste a llamar. Una vez que empezamos a salir de nuevo, al sonar el teléfono, el conejo me sonreía mientras se movía en la jaula de lado a lado. Después de la segunda cita que tuvimos, nos volvimos a besar, llegué a la casa y vi que el conejo se encontraba muy feliz. Jamás lo había visto tan feliz.

Quando me dijiste que no podíamos continuar viéndonos porque estabas saliendo con alguien, sentí de nuevo la tristeza inundarme por completo. Antes de llegar a la casa compré arsénico y una jeringa en una farmacia. Allí, vi al conejo tan feliz como antes, mostrándome sus diente-citos llenos de zanahoria. Sabía que no tardaría mucho en estar triste como yo lo estaba, fui a la cocina y deposité el arsénico en la jeringa y luego, se lo inyecté. No lo tomes a mal, solo que no dejaría que él sintiera lo mismo que yo sentí. Todavía recuerdo cuando sus ojos rojos se cerraban.

El asunto hubiera acabado allí y yo no estuviera recluido en este lugar si las cosas no se hubieran puesto inmanejables. En los siguientes días a su muerte, lo veía jugueteando en la jaula hasta desvanecerse ante mis ojos. A veces, su figura se mostraba en los espejos mientras yo mascaba una zanahoria. Por las noches veía su cuerpecito a mi lado; o lo escuchaba roer desde un cajón dentro del escritorio en mi trabajo. Pasado un tiempo, no soporté esas alucinaciones (soy consciente de mi condición) y vine. Aquí me tratan bien, me dan medicina y voy a consulta cada dos días aunque sigo viendo al conejo.

La razón (nótese la ironía) de esta carta, es que hace unas noches me senté a hablar con el conejo. Después de dar muchos rodeos, me contó que me ibas a llamar. Por favor no lo hagas, no quiero volver a matarlo.

